

2019-07-01

## Presentación de la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*

Hno. Enrique García Ahumada, FSC  
*Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)*, [hnoenrique.garcia@lasalle.cl](mailto:hnoenrique.garcia@lasalle.cl)

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

García Ahumada, FSC, H. (2019). Presentación de la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*. *Revista de la Universidad de La Salle*, (81), 203-232.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# Presentación de la exhortación apostólica postsinodal

*Christus vivit*



Hno. Enrique García Ahumada, FSC\*

## ■ Resumen

Esta presentación por capítulos de los 299 párrafos de la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* del papa Francisco es algo selectiva por el espacio disponible. Comenta pastoralmente algunos pasajes y no solo resume temas, sino también citas sin comillas, respetando su sentido, para motivar la lectura pausada y dialogada, por partes, del documento original.

**Palabras clave:** sínodo, Cristo, jóvenes, vocación, conversión pastoral.

## Introducción

La exhortación apostólica postsinodal del papa Francisco *Christus vivit* (ChV)<sup>1</sup>, del 25 de marzo del 2019, en vez de dirigirse —como ha sido usual— a los obispos y al pueblo de Dios, lo hace a los jóvenes y al pueblo de Dios, al cual pertenece, por supuesto, la jerarquía eclesial. Sus interlocutores previstos

\* Hermano de La Salle. Doctor en Teología y licenciado en Catequesis y Pastoral. Asesor pastoral del Colegio de La Salle en Santiago de Chile (Chile) y docente en el Seminario Pontificio. Colabora como asesor editorial en la *Revista de Educación Religiosa* de la Universidad Finis Terrae (Chile) y es asesor de catequesis del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Correo electrónico: hnoenrique.garcia@lasalle.cl

<sup>1</sup> En adelante, las citas o referencias a la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* se identificarán con la sigla ChV (nota del editor).

no son todos católicos, aunque la probable mayoría es cristiana. Su lenguaje, nada autoritario ni muy normativo o académico, es evangelizador, con un tuteo amistoso: “[Cristo vive,] Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar” (ChV, 2).

Es un discurso motivador, con llamados al discernimiento pastoral, supuesto no solo en los pastores, sino en todos los fieles, a quienes de modo indirecto y, a veces, directo pide la conversión pastoral, para la cual solicita la contribución juvenil. Del documento final del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, realizado en octubre del 2018, recoge los aportes que estimó más significativos “de su rica reflexión” (ChV, 4).

Esta presentación por capítulos de sus 299 párrafos es algo selectiva por el espacio disponible. Se dirige a varones y mujeres por igual, comenta pastoralmente algunos pasajes y no solo resume temas, sino también citas sin comillas, respetando su sentido, para motivar la lectura pausada y dialogada, por partes, del documento original.

### **Capítulo 1. La Palabra de Dios sobre los jóvenes**

El papa recuerda a algunos jóvenes varones y mujeres del Antiguo Testamento, limitados en comparación con sus mayores, quienes realizaron grandes obras confiados en Dios (ChV, 6-11). Así, mueve a confiar solo en Él si alguien siente un llamado de Dios, superando dudas o temores en su discernimiento vocacional. En el Nuevo Testamento muestra arrepentido al hijo más joven, derrochador, contrastado con el mayor, que no es generoso (ChV, 12). Advierte: “no hace bien caer en un culto a la juventud” (ChV, 16). Hay jóvenes prudentes y necias (Mt 25, 1-13). Jesús le mandó con eficacia a una difunta: “joven, levántate” (Lc 7, 14; ChV, 19-20).

## Capítulo 2. Jesucristo, siempre joven

Jesús “crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2, 52). Vivió poco más de treinta años (Lc 3, 23). Fue un joven normal, integrado entre los suyos. De modo progresivo, se preparó para la misión. Fue modelo para todo joven, con miras a realizarse en su vocación. Francisco sugiere:

en la pastoral juvenil, [...] no crear proyectos que aislen a los jóvenes de la familia y del mundo, o que los conviertan en minoría preservada de todo contagio. Necesitamos proyectos que los fortalezcan y los lancen al servicio generoso, a la misión. (ChV, 30)

Jesús confió sin condiciones en el Padre, cuidó la amistad con sus discípulos y, en los momentos críticos, les fue fiel. Además, siempre fue compasivo hacia los enfermos, los pobres, los excluidos y los pecadores. Enfrentó a las autoridades religiosas y políticas injustas; fue incomprendido y descartado; fue frágil y tuvo miedo a sufrir. Pero, resucitado, nos quiere partícipes de su resurrección (ChV, 31-32).

En su mensaje a la humanidad, el Concilio Vaticano II (1965) les dijo a los jóvenes que la Iglesia, “rica en un largo pasado, siempre vivo en ella, y marchando hacia la perfección humana en el tiempo y hacia los objetivos últimos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo”. La Iglesia es joven cuando recibe la fuerza de la Palabra de Dios. Sus miembros hemos de estar cerca de cuantos buscan el bien, como los primeros cristianos, quienes “gozaban de la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2, 47; 4, 21.33; 5, 13); distinguiémos en generosidad, pureza, fortaleza, perdón, fidelidad a la vocación, oración, lucha por la justicia y amor a los pobres.

Francisco espera que los jóvenes ayuden a la Iglesia a evitar la corrupción, el orgullo; a no convertirse en secta, a ser cercana a los últimos y a dejarse interpelar (ChV, 36-37). Considera saludables las críticas juveniles a la Iglesia. Con el sínodo, reconoce que muchos jóvenes la rechazan por los escándalos sexuales y económicos de algunos de sus representantes, que, por otra parte,

no siempre acogen sus iniciativas apostólicas. Apoya la conversión pastoral propuesta por el sínodo: atender las legítimas reivindicaciones de las mujeres (ChV, 40-42). Proclama:

en el corazón de la Iglesia resplandece María. Ella es el gran modelo para una Iglesia joven, que quiere seguir a Cristo con frescura y docilidad. Cuando era muy joven, recibió el anuncio del ángel y no se privó de hacer preguntas (Lc I, 34). Con alma disponible dijo: 'aquí está la servidora del Señor'. (Lc I, 38)

Asimismo, recuerda a muchos santos jóvenes antiguos y actuales (ChV, 43-62).

### Capítulo 3. Ustedes son el ahora de Dios

El sínodo reconoció que los fieles de la Iglesia no siempre tienen la actitud de Jesús. En lugar de escucharlos a fondo, a veces dan respuestas preconfeccionadas, sin dejar que los jóvenes se planteen con su novedad y sin aceptar su provocación. (ChV, 65)

Junto con los padres sinodales, Francisco advierte la gran diversidad de contextos y culturas en la que transitan los jóvenes, puesto que no hay una juventud a la cual decirle un mensaje, sino una pluralidad de mundos juveniles. Nombra importantes diferencias entre los jóvenes de distintos países, en cuanto a su bienestar y acceso a los valores cristianos. Con patente dolor, describe algunos sufrimientos de muchos jóvenes: persecuciones, muerte o condiciones que los llevan al delito y al terrorismo. Son casos como los que san Juan Pablo II denominó, en 1984, situaciones sociales de pecado<sup>2</sup>, ante las cuales señala responsables. Muchísimas adolescentes y jóvenes quedan embarazadas y caen en el aborto o difunden el sida. En este sentido, Francisco anhela que siempre haya cerca de un joven sufridor una comunidad cristiana que haga resonar los consuelos de Jesús con gestos y ayudas concretas (ChV, 68-77).

---

2 Véase el párrafo 16 de la exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et poenitentia*.

A veces los adultos no tratan de transmitir los valores fundamentales de la existencia o no lo logran, o bien asumen estilos juveniles, invirtiendo la relación entre generaciones. Se arriesga mantener la relación entre jóvenes y adultos en lo afectivo, sin ejercer lo educativo y cultural. (ChV, 80)

Esta alerta les exige una conversión pastoral a los responsables de los jóvenes.

Los jóvenes reconocen que el cuerpo y la sexualidad tienen una importancia esencial para su vida y en el camino de crecimiento de su identidad. Sin embargo, en un mundo que enfatiza excesivamente la sexualidad, es difícil mantener una buena relación con el propio cuerpo y vivir serenamente las relaciones afectivas. Por esta y por otras razones, la moral sexual suele ser muchas veces causa de incomprensión y de alejamiento de la Iglesia, ya que se percibe como un espacio de juicio y de condena. Al mismo tiempo, los jóvenes expresan un explícito deseo de confrontarse sobre las cuestiones relativas a la diferencia entre identidad masculina y femenina, a la reciprocidad entre hombres y mujeres, y a la homosexualidad. En nuestro tiempo los avances de las ciencias y de las tecnologías biomédicas inciden sobre la percepción del cuerpo, induciendo a la idea de que se puede modificar sin límite. La capacidad de intervenir sobre el ADN, la posibilidad de insertar elementos artificiales en el organismo (*cyborg*) y el desarrollo de las neurociencias constituyen un gran recurso, pero plantean interrogantes antropológicos y éticos. Pueden llevarnos a olvidar que la vida es un don, y que somos seres creados y limitados, que fácilmente podemos ser instrumentalizados por quienes tienen el poder tecnológico. En algunos contextos juveniles se difunde un cierto atractivo por comportamientos de riesgo como instrumento para explorarse a sí mismos, buscando emociones fuertes y obtener un reconocimiento [...] Estos fenómenos, a los que están expuestas las nuevas generaciones, constituyen un obstáculo para una maduración serena. (ChV, 81-82)

Esta grave observación no es un problema que puedan ni deban resolver los jóvenes, sino los organismos eclesiales asesorados y entrenados con competencia. Queda pendiente buscar principios orientadores de la educación y de la pastoral juvenil sobre la familia y la sexualidad, fundados en una teología atenta a las conclusiones científicas actuales y pertinentes. ¡Gran tarea!

Francisco se detiene en tres temas del sínodo sobre los jóvenes. Primer tema: el mundo digital, frente al cual formula alertas y orientaciones educativas. Muchos, más que comunicarse, viven en una cultura digitalizada que afecta su noción del tiempo y del espacio, así como su autopercepción, la percepción de los demás, del mundo, y su modo de aprender, relacionarse e informarse, que privilegia la imagen sobre la escucha y la lectura, al tiempo que afecta la capacidad crítica.

La web y las redes sociales son oportunidades de diálogo, de acceso a la información y de incorporar a personas en actividades pastorales. Pero también generan soledad, violencia por acoso, dependencia, pérdida de contacto con la realidad concreta, difusión de pornografía y explotación de las personas mediante los juegos de azar. El documento preparado por trescientos jóvenes de todo el mundo para el sínodo reconoció estos problemas y destacó que la pornografía distorsiona la percepción de la sexualidad humana; además, la tecnología puede aparentar una realidad en la que no hay dignidad humana y propiciar el distanciamiento de la familia, de los valores culturales y religiosos. Ellos sienten su afán de afirmar la propia personalidad enfrentado el desafío de adentrarse solos en un mundo real y virtual desconocido. Necesitan pasar del contacto virtual a una sana comunicación (ChV, 86-90).

Segundo tema: los migrantes. La Iglesia se preocupa, en especial, por quienes huyen de la guerra, de la violencia, de la persecución política o religiosa, de los desastres naturales y de la pobreza extrema. Muchos son jóvenes buscando oportunidades para sí y para sus familias. Otros son atraídos de forma poco realista por la cultura occidental. Traficantes de drogas y de armas les hacen violencia. Además, los acechan la trata de personas y el abuso psicológico y físico, sobre todo a los menores migrantes no acompañados y a quienes pasan años en campos de refugiados o son bloqueados en los países de tránsito. En naciones receptoras de migrantes, sufren xenofobia, la cual se debe enfrentar con decisión. Por otra parte, los migrantes jóvenes suelen vivir un desarraigo cultural y religioso. Las comunidades de origen pierden a sus miembros más emprendedores, lo mismo que las familias al emigrar uno o ambos padres.

La Iglesia debe acoger y revitalizar a los jóvenes de familias rotas. Los migrantes también encuentran nuevas personas y culturas, por tanto, pueden generar desarrollo humano y material para todos. Las iglesias cuyos miembros escapan de la guerra o de la persecución arriesgan su existencia. Los jóvenes no han de considerar a otros jóvenes inmigrantes como peligrosos ni carentes de dignidad humana (ChV, 91-94).

Tercer tema: terminar con todo tipo de abusos. Debemos escuchar a las víctimas de abusos y sufrimientos irremediables cometidos por obispos, sacerdotes, religiosos o laicos. El fenómeno, muy difundido a lo largo de la historia en la sociedad y evidenciado con el cambio de la sensibilidad pública, afecta también la misión de la Iglesia. Su universalidad no disminuye su monstruosidad en la Iglesia.

El sínodo renovó el compromiso de tomar medidas preventivas y rigurosas para seleccionar y formar a los futuros educadores. Hay abusos de poder, económicos, de conciencia, sexuales. Hay que desarraigar los abusos de autoridad y contrarrestar la falta de responsabilidad y de transparencia con que se tratan muchos casos.

La corrupción crece en el afán de dominio, en la ausencia de diálogo y de claridad, en la doble vida, en el vacío espiritual y en las fragilidades psicológicas. Hay clericalismo en los sacerdotes que entienden su ministerio como poder en vez de servicio gratuito, como si fueran dueños de todas las respuestas, exentos de escuchar sin aprender nada, sin respeto al valor y a la libertad de toda persona.

Por eso, el sínodo agradece a quienes denunciaron el mal ocasionado por una minoría de sacerdotes criminales, puesto que ayudaron a dar a conocer lo sucedido y a reaccionar con decisión. Reconoce el empeño sincero de muchísimos laicos, sacerdotes, consagrados y obispos al servicio de los jóvenes. Asimismo, sugiere evitar nuevas atrocidades ante un sacerdote desviado, recordándole su compromiso hacia Jesús y su pueblo. Con la gracia de Dios, los jóvenes pueden purificar la Iglesia. El quinceañero fallecido en Italia, en el 2006, el venerable Carlo Acutis, sabiendo las limitaciones de los medios de comunicación

y de las redes sociales, los usó para transmitir el Evangelio y promover la vida eucarística, los valores y la belleza.

Dice Francisco: puedes llegar a ser lo que tu Creador sabe que eres, si reconoces su llamado a ser mucho más. Invoca al Espíritu Santo y camina con confianza hacia la santidad. Así serás plenamente tú. Si te sientes débil o una persona sumergida en vicios, pídele a Jesús que te renueve. Así darás al mundo lo que solo tú puedes darle. Solos, fácilmente perdemos la claridad interior y sucumbimos. Los jóvenes unidos tienen una admirable fuerza. Al entusiasmarse por la comunidad, son capaces de grandes sacrificios (ChV, 95-110).

#### **Capítulo 4. El gran anuncio para todos los jóvenes**

##### **Un Dios que es amor**

¡Dios te ama! Quizás tu padre de la tierra fue lejano y ausente o dominante y absorbente. O no fue el padre que necesitabas. Pero con seguridad puedes arrojarte en los brazos de tu Padre Dios, que te dio y te da la vida, y respeta tu libertad.

En la Biblia dice: “con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla” (Os 11, 4). “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin enternecerse con el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré” (Is 49, 15). “Mira, te llevo tatuado en la palma de mis manos” (Is 49, 16). “Tu Dios está en medio de ti, un poderoso salvador. Él grita de alegría por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo” (So 3, 17). Te ayudará a aprender también de tus caídas. No le molestan tus cuestionamientos, le preocupa que no te abras al diálogo con Él. “Vengan y discutamos” (Is 1, 18) (ChV, 112-117).

##### **Cristo te salva**

Por amor, Cristo se entregó hasta el final para salvarte. “Él, que amó a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn 13, 1). San Pablo dice: “vivo

de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 20). Ese Cristo que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados sigue salvándonos hoy. Cuando te acerques a confesar tus pecados, cree en su misericordia, que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. ¡Él vive! Está resucitado, lleno de vitalidad sobrenatural. “Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Si entras en amistad con Él y empiezas a conversar con Cristo vivo sobre cosas concretas de tu vida, será la experiencia que sostendrá tu vida cristiana y que podrás comunicar a otros (ChV, I 18-129).

### **El Espíritu da vida**

Donde están el Padre y Jesucristo, también está el Espíritu Santo, que llena tu corazón de Cristo resucitado. Desde allí, se derrama en tu vida como un manantial para que te llenes siempre más de su amor, de su luz, de su fuerza. Invoca cada día al Espíritu Santo. ¿Necesitas amor? Lo hallarás de una manera que te hará feliz. ¿Buscas intensidad? No la vivirás acumulando objetos, gastando dinero detrás de cosas de este mundo: llegará de una forma mucho más bella y satisfactoria si te dejas impulsar por el Espíritu Santo. ¿Buscas pasión? Nada puede importar más que encontrar a Dios. Él será lo que decida qué te saca de la cama en la mañana, qué haces con tus atardeceres, en qué empleas tus fines de semana, qué lees, qué te llena de alegría y gratitud, porque “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5, 5). Mientras “los jóvenes se cansan y se fatigan” (Is 40, 30), a los que confían en el Señor “Él les renovará las fuerzas, subirán con alas de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse” (Is 40, 31) (ChV, I 30-133).

### **Capítulo 5. Caminos de juventud**

¿Cómo se vive la juventud cuando nos dejamos iluminar y transformar por el Evangelio? Jesús obra en cada joven. Es tiempo bendito para el joven y bendición para la Iglesia y el mundo. Apreciar la juventud implica verla como un tiempo valioso, no como una etapa de paso hacia la edad adulta (ChV, I 34-135).

En la época de Jesús, la salida de la niñez era un paso esperado que se celebraba y disfrutaba mucho. Cuando Jesús le devolvió la vida a una “niña” (Mc 5, 39), la promovió a “muchacha” (Mc 5, 41). Al decirle “muchacha, ¡levántate!”, la hizo más responsable de su vida y le abrió las puertas a la juventud, fase del desarrollo de la personalidad marcada por sueños que toman cuerpo, por relaciones de cada vez mayor consistencia, por intentos y experiencias que construyen un proyecto de vida.

El amor a Dios y la relación con Cristo promueven una vida mejor, más bella. La inquietud insatisfecha, junto con el asombro por lo nuevo del horizonte, abre paso a la osadía de responder a una misión. Cuando pienso en un joven, veo a un chico o a una chica que busca su propio camino, que quiere volar, que se asoma al mundo y mira el horizonte con ojos llenos de esperanza, de futuro.

Algunos jóvenes rechazan esa etapa de la vida, quieren seguir siendo niños dependientes, aplazar la adolescencia. Es hora de decisiones en lo profesional, social, político, y otras más radicales que configuran la vida en la elección de pareja y en la opción de tener los primeros hijos. Aplazar es una senda equivocada, los malestares no encuentran solución. El camino es Jesús: hacerle subir a nuestra barca y remar mar adentro. ¡Él es el Señor! La fe en Jesús conduce a una esperanza fundada no solo en nuestras cualidades, sino en su invitación. No hay que temer apostar y cometer errores, siempre podrás levantar la cabeza y volver a empezar. Jóvenes, no observen la vida desde un balcón ni mirando una pantalla. ¡Abran la puerta de la jaula y salgan a volar! (ChV, 136-143).

Junto a esta proyección hacia el futuro soñado, hay un fuerte deseo de vivir el presente, de aprovechar al máximo sus posibilidades. ¿Cómo despreciar los regalos de Dios? Dios, que te ama, te quiere feliz. Un sabio del Antiguo Testamento decía: “hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien [...] No te prives de pasar un buen día” (Si 14, 11.14). San Pablo agrega que Dios “nos provee espléndidamente de todo para que lo disfrutemos” (1 Tm 6, 17).

No se trata de obsesionarse por más y más placeres, porque eso te impedirá vivir el presente. Jesús te invita a vivir el presente: “no se preocupen por el

mañana; el mañana se preocupará de sí mismo; a cada día le basta con lo suyo” (Mt 6, 34). Se trata de vivir el presente a lo grande, utilizando las energías para cosas buenas, cultivando la fraternidad, siguiendo a Jesús y valorando cada pequeña alegría de la vida como un regalo del amor de Dios.

Cuando lo encerraron en un campo de concentración, el cardenal Francisco Javier Nguyễn Văn Thuân no quiso que sus días consistieran solo en esperar un futuro. Su opción fue “vivir el momento presente colmándolo de amor”. Este día de tu juventud puede ser el último, y vale la pena vivirlo con todas las ganas. Esto incluye los momentos duros, que hay que vivirlos a fondo para aprender su mensaje. Muchos jóvenes con discapacidad física, mental y sensorial, que no siempre pueden hacer las mismas experiencias que sus compañeros, tienen recursos sorprendentes e inimaginables que, a veces, superan los comunes. El Señor Jesús los llena con otros dones, que la comunidad está llamada a valorar, con el fin de que descubran su plan de amor para cada uno de ellos (ChV, 144).

Por más que vivas y experimentes, solo llegarás al fondo de la juventud si vives en amistad con Jesús. La amistad es un regalo de Dios. A través de los amigos el Señor, nos pule y nos madura. La amistad lleva a buscar el bien del amigo. Los amigos fieles, que están al lado en los momentos duros, son reflejo del cariño del Señor, de su consuelo y de su presencia amable.

Jesús se presenta como un amigo: “ya no los llamo siervos, los llamo amigos” (Jn 15, 15). Podemos ser generosos con Él, ayudándolo a extender su Reino en este mundo, siendo sus instrumentos para llevar a los demás su mensaje, su luz y, sobre todo, su amor (Jn 15, 16). Él nunca se va, aunque a veces parece hacer silencio. Cuando lo necesitamos, se deja encontrar por nosotros (Jr 29, 14) y está a nuestro lado por donde vayamos (Jos 1, 9). Él jamás rompe una alianza. Pide no abandonarlo: “permanezcan unidos a mí” (Jn 15, 4). Si uno se aleja, “Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (2 Tm 2, 13).

Con el amigo hablamos. Con Jesús conversamos. La oración permite conocerlo cada vez mejor y crecer en unión siempre más fuerte. La oración es contarle todo lo que nos pasa y quedarnos confiados con Él. Regala instantes

de preciosa intimidad y afecto. Es posible llegar a la unión constante con Él, superior a todo lo que podamos vivir con otras personas, como ha dicho san Pablo: “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Podrás sentirlo a tu lado no solo al orar. Lo reconocerás caminando contigo en todo momento. Intenta descubrirlo y vivirás la bella experiencia de saberte siempre acompañado. Es lo que vivieron los discípulos de Emaús cuando, mientras caminaban y conversaban desorientados, Jesús se hizo presente y “caminaba con ellos” (Lc 24, 15).

Jesús puede unir a los jóvenes de la Iglesia en un único sueño grande, capaz de cobijarlos a todos; el sueño por el que Jesús dio la vida en la Cruz y el Espíritu Santo se tatuó a fuego el día de Pentecostés en el corazón de cada persona; un sueño llamado Jesús, sembrado por el Padre, Dios como Él, que vivirá en cada corazón. Ese sueño es una persona que recorre las venas, estremece el corazón y lo hace bailar (ChV, 145-157).

Muchos jóvenes se preocupan por su cuerpo y procuran desarrollar la fuerza física o la apariencia. Otros se inquietan por cultivar sus capacidades y conocimientos, así se sienten más seguros; tratan de comprometerse más y buscan el desarrollo espiritual. San Juan decía: “les escribo, jóvenes, porque son fuertes, porque conservan la Palabra de Dios” (1 Jn 2, 14). Buscar al Señor, guardar su Palabra, tratar de responderle con la propia vida, crecer en las virtudes, eso hace fuertes los corazones jóvenes. Para eso hay que mantener la conexión con Jesús, estar en línea con Él. Cuando no sepas qué hacer, pregúntale: Jesús, ¿qué harías tú en mi lugar?

Además de los entusiasmos de juventud, está la belleza de buscar “la justicia, la fe, el amor, la paz” (2 Tm 2, 22). La adultez no implica abandonar los valores de esta etapa de la vida. Que el Señor no deba reprocharte un día: “de ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo, cuando tú me seguías por el desierto” (Jr 2, 2). La persona adulta debe madurar sin perder los valores de la juventud. La juventud bien vivida queda como una experiencia interior y sigue dando frutos en la vida adulta. Un riesgo de la adultez con sus seguridades y comodidades es perder los valores de los años jóvenes. “Cuando comencé

mi ministerio como papa, el Señor me amplió los horizontes y me regaló una renovada juventud. Lo mismo puede ocurrirle a un matrimonio de muchos años, o a un monje en su monasterio” (ChV, 160). Complejos de inferioridad pueden llevarte a no querer ver tus defectos y a cerrarte a madurar. Déjate amar por Dios, que te ama como eres, te valora y te respeta; te ofrece más y más amistad: más fervor en la oración, más hambre de su Palabra, más deseos de recibirlo en la Eucaristía, más ganas de vivir su Evangelio, más fortaleza interior, más paz y alegría espiritual.

Imitar a los santos no significa copiar su manera de ser. Debes descubrir quién eres y desarrollar tu propia forma de santidad, llegar a ser con mayor plenitud lo mejor de ti, como Dios te quiso soñar, no una fotocopia. Tu vida debe ser profética, impulsar a otros, dejar tu marca original en este mundo. Tu desarrollo espiritual ocurre al crecer en amor fraterno, generoso, misericordioso. Lo decía san Pablo: “que el Señor los haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos” (1 Ts 3, 12). Un encuentro con Dios es éxtasis cuando nos saca de nosotros mismos y nos eleva, cautivados por el amor y la belleza de Dios, por la belleza oculta en cada ser humano, imagen de Dios.

El Espíritu Santo impulsa a salir de sí, abrazar a otros y buscar su bien. Siempre es mejor vivir la fe juntos y expresar amor en la vida comunitaria, compartiendo nuestro afecto, nuestro tiempo, nuestra fe y nuestras inquietudes. La Iglesia ofrece espacios diversos para vivir la fe en comunidad. Las heridas recibidas pueden llevar a acumular rencor. Nunca dejes de escuchar el llamado de Dios al perdón. Enseñaron los obispos de Ruanda para terminar una guerra atroz:

la reconciliación con el otro pide ante todo descubrir en él el esplendor de la imagen de Dios [...]. En esta óptica, es vital distinguir al pecador de su pecado y de su ofensa para llegar a la verdadera reconciliación. Esto significa odiar el mal que el otro te inflige, y continuar amándolo porque reconoces su debilidad y ves la imagen de Dios en él. (ChV, 165)

A veces, la energía y el entusiasmo de la juventud se debilitan por la tentación de encerrarse en sí mismos, en los sentimientos heridos y en lamentos. No dejes que eso te ocurra. Dios ama la alegría de los jóvenes, los invita especialmente a esa alegría vivida en comunión fraterna, a ese gozo superior del que sabe compartir, dado que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20, 35). “Dios ama al que da con alegría” (2 Co 9, 7).

Un proverbio africano dice: “si quieres andar rápido, camina solo; si quieres llegar lejos, camina con los otros”. Que el impulso de tu juventud se convierta en amor fraterno espontáneo, en frescura para reaccionar siempre con perdón, con generosidad, con ganas de construir comunidad (ChV, 163-167).

Los jóvenes corren el riesgo de encerrarse en pequeños grupos. Quizás su grupo se convirtió en prolongación de su yo. Se privan de los desafíos de vivir en sociedad, en un mundo amplio, desafiante y necesitado. Esto se agrava si el laico solo sirve dentro de la Iglesia (lectores, acólitos, catequistas, ayuda mutua). La vocación laical es un compromiso de fe para construir una nueva sociedad por la caridad en las familias, en la caridad política: hacer crecer la paz, la buena convivencia, la justicia, los derechos humanos, la misericordia, y así extender el Reino de Dios. No es fácil: negociar siempre conlleva una renuncia. Si lo hacemos por el bien de todos, podremos luchar juntos por algo común.

El sínodo reconoció: aunque de forma diferente respecto a las generaciones pasadas, el compromiso social es un rasgo específico de los jóvenes de hoy. Al lado de algunos indiferentes, hay muchos otros dispuestos a comprometerse en iniciativas de voluntariado, ciudadanía activa y solidaridad social, que hay que acompañar y alentar para que emerjan los talentos, las competencias y la creatividad de los jóvenes y para incentivar que asuman responsabilidades. El compromiso social y el contacto directo con los pobres siguen siendo una ocasión fundamental para descubrir o profundizar la fe y discernir la propia vocación. (ChV, 170)

En los pobres hay sabiduría; con palabras simples, pueden ayudar a descubrir valores. Algunos jóvenes participan en programas dirigidos a construir casas para quienes no tienen techo, a sanear lugares contaminados o a recolectar

auxilios para los más necesitados. Conviene aplicar esa energía comunitaria no solo en acciones esporádicas, sino en unas estables, con objetivos claros y organización continuada, eficiente. Los universitarios se pueden unir de modo interdisciplinar para resolver problemas sociales y trabajar codo a codo con jóvenes de otras Iglesias o de otras religiones. Con Jesús, los panes y los peces de los jóvenes se multiplican (Jn 6, 4-13). Desde la fuente de la Eucaristía, nuestro pan y nuestro vino se transfiguran para dar vida eterna.

Ubicándose en el lugar de los sirvientes de la boda de Caná, colaboradores del primer signo de Jesús, los jóvenes han de seguir la consigna de María: “hagan lo que Él les diga” (Jn 2, 5). Sé que tu corazón joven quiere construir un mundo mejor. Sean luchadores por el bien común, servidores de los pobres, protagonistas de la revolución de la caridad y del servicio, capaces de resistir las patologías del individualismo consumista y superficial (ChV, 168-174).

Con Cristo, los jóvenes están llamados a dar testimonio del Evangelio en todas partes con su propia vida. San Alberto Hurtado decía que ser apóstoles no significa llevar una insignia en el ojal de la chaqueta ni hablar de la verdad, sino vivirla, encarnarse en ella, transformarse en Cristo. Ser apóstol no es llevar una antorcha en la mano, poseer la luz, sino ser luz [...]. El Evangelio [...] más que una lección es un ejemplo. El mensaje convertido en vida viviente.

¿Y por qué no hablar de Jesús?, ¿por qué no contarles a los demás que Él nos da fuerzas para vivir, que es bueno conversar con Él, que nos hace bien meditar sus palabras? Ojalá sientan en el corazón el mismo impulso irresistible que movía a San Pablo al decir: “¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Co 9, 16). ¿Adónde nos envía Jesús? No hay fronteras, no hay límites. El Evangelio no es para algunos, sino para todos. No es solo para los que parecen más cercanos, más receptivos. No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, nos invita a ir sin miedo con el anuncio misionero. Allí donde nos encontremos y con quien estemos, en el barrio, en el estudio, en el deporte, en las salidas con los amigos, en el voluntariado o en el trabajo,

siempre será oportuno compartir la alegría del Evangelio. A ustedes, jóvenes, los quiere como instrumentos para derramar luz y esperanza.

Algunos jóvenes dieron su vida con tal de no frenar su impulso misionero. Los obispos de Corea expresaron: esperamos que podamos ser granos de trigo e instrumentos para la salvación de la humanidad, siguiendo el ejemplo de los mártires. Aunque nuestra fe es tan pequeña como una semilla de mostaza, Dios le dará crecimiento y la utilizará como un instrumento para su obra de salvación. Amigos, no esperen a mañana para transformar el mundo con su energía, su audacia y su creatividad. Ustedes son el ahora de Dios, que los quiere fecundos (ChV, 175-178).

### **Capítulo 6. Jóvenes con raíces**

Me duele, dice Francisco, ver que algunos les proponen a los jóvenes construir un futuro sin raíces, como si el mundo comenzara ahora. Distingan la alegría de la juventud del falso culto a esta, que algunos utilizan con el propósito de seducir a los jóvenes y utilizarlos para sus fines. Los manipuladores usan la adoración de la juventud, hacen lo no joven detestable y caduco. El cuerpo joven se vuelve símbolo de este nuevo culto idólatra; degrada a los jóvenes, los vacía de valores reales, los utiliza (ChV, 179-182).

Queridos jóvenes, sepan descubrir la hermosura en el trabajador que vuelve a su casa sucio y desarreglado, con la alegría de haber ganado el pan de sus hijos. Hay belleza extraordinaria en la comunión de la familia junto a la mesa, aunque sea muy pobre, en el pan compartido con generosidad. Hay hermosura en la esposa despeinada, casi anciana, que cuida a su esposo enfermo más allá de sus fuerzas y en la fidelidad de las parejas de viejitos que caminan de la mano; en cada hombre y en cada mujer que viven con amor su vocación personal, en el servicio desinteresado por la patria, en el trabajo anónimo y gratuito de la amistad social (ChV, 183).

Hoy se promueve una espiritualidad sin Dios, una afectividad sin comunidad, sin compromiso ante los que sufren. Hay miedo a los pobres, vistos como

peligrosos. Los padres sinodales no occidentales señalaron que en sus países la globalización conlleva una colonización cultural, la cual desarraiga a los jóvenes de la pertenencia a sus realidades culturales y religiosas. La Iglesia debe acompañarlos en este paso sin que pierdan su identidad (ChV, 184-186).

El sínodo expresó que los jóvenes suelen prestar poca atención a los numerosos dones que les han transmitido sus padres y abuelos, al bagaje cultural de la sociedad en que viven. La Biblia prescribe cuidar las relaciones intergeneracionales: “la fuerza es el adorno de los jóvenes, las canas son el honor de los ancianos” (Pr 20, 29). “Escucha a tu padre que te dio la vida, y no desprecies a tu madre cuando sea anciana” (Pr 23, 22). “Acude a la reunión de los ancianos, y si encuentras a un sabio júntate a él [...]. Si ves a un hombre prudente, madruga para buscarlo” (Si 6, 34.36). “Honrar al padre y a la madre es el primer mandamiento que va acompañado de una promesa: serás feliz y se prolongará tu vida sobre la tierra” (Ef 6, 2-3).

No necesitas estar de acuerdo con todo lo que ellos dicen ni aprobar todas sus acciones: un joven debe tener un espíritu crítico. San Basilio Magno les recomendaba a los jóvenes estimar a los antiguos autores griegos, pero acoger solo lo bueno de su enseñanza. No solo lo nuevo es bueno y bello. “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne y sus hijos y sus hijas profetizarán, y sus jóvenes verán visiones y sus ancianos soñarán sueños” (Jl 3, 1; Hch 2, 17). “Los jóvenes y las muchachas también, los viejos junto con los niños, alaben el nombre del Señor” (Sal 148, 12-13).

¿Qué podemos darles los ancianos? A los jóvenes de hoy en día que viven su propia mezcla de ambiciones heroicas e inseguridades podemos recordarles que una vida sin amor es una vida infecunda. ¿Qué podemos decirles? A los jóvenes temerosos hay que decirles que la ansiedad frente al futuro se puede vencer. ¿Qué podemos enseñarles? A los jóvenes excesivamente preocupados de sí mismos podemos enseñarles que se experimenta mayor alegría en dar que en recibir, que el amor no se demuestra solo con palabras, sino también con obras (ChV, 187-197).

El que actúa, el que arriesga, quizás comete errores. Vale la pena traer el testimonio de María Gabriela Perin, huérfana de padre desde recién nacida, quien reflexiona sobre cómo esto influyó en su vida, en una relación que no duró, pero que la hizo madre y ahora abuela: Dios crea historias. En su genialidad, en su misericordia, Él toma nuestros triunfos y fracasos, y teje hermosos tapices que están llenos de ironía. El reverso del tejido puede parecer desordenado con sus hilos enredados —los acontecimientos de nuestra vida— y, tal vez, con ese lado nos obsesionamos cuando tenemos dudas. Sin embargo, el lado bueno del tapiz muestra una historia magnífica: ese es el que ve Dios.

Si caminamos juntos jóvenes y ancianos, podremos estar bien arraigados en el presente y, desde aquí, frecuentar el pasado y el futuro: el primero para aprender de la historia y sanar las heridas que a veces nos condicionan; el segundo para germinar sueños, suscitar profecías, florecer esperanzas. Unidos podremos aprender unos de otros, calentar los corazones, inspirar nuestras mentes con la luz del Evangelio y darles una nueva fuerza a nuestras manos. No sirve que nos sentemos a añorar tiempos pasados; hemos de asumir con realismo y amor nuestra cultura y llenarla de Evangelio. Somos enviados hoy para anunciar la Buena Noticia de Jesús a los tiempos nuevos. Hemos de amar nuestra hora con sus posibilidades y riesgos, con sus alegrías y dolores, con sus riquezas y límites (ChV, 198-201).

## **Capítulo 7. La pastoral de los jóvenes**

La pastoral juvenil, tal como estábamos acostumbrados a llevarla, ha sufrido el embate de los cambios sociales y culturales. En las estructuras habituales, los jóvenes muchas veces no encuentran respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemas y heridas. La aparición y el crecimiento de asociaciones y movimientos juveniles pueden ser acciones del Espíritu que abren caminos nuevos. Si bien no siempre es fácil abordar a los jóvenes, se crece en dos aspectos: en la conciencia de que toda la comunidad evangeliza y en la urgencia de que ellos tengan más protagonismo pastoral (ChV, 202).

Los jóvenes son agentes de la pastoral juvenil, acompañados y guiados, pero libres para encontrar caminos siempre nuevos, con creatividad y audacia. Estaría de más que me detuviera aquí a proponer alguna especie de manual de pastoral juvenil o una guía de pastoral práctica. Es mejor poner en juego la astucia, el ingenio y el conocimiento de los jóvenes sobre la sensibilidad, el lenguaje y los problemas de sus pares. La pastoral juvenil necesita flexibilidad, convocar a los jóvenes a eventos que les ofrezcan un lugar donde no solo reciban formación, sino que les permita compartir la vida, celebrar, cantar, escuchar testimonios reales, experimentar el encuentro comunitario con el Dios vivo.

Hay que recoger las metodologías, los lenguajes, las motivaciones que resultaron atractivos para acercar a los jóvenes a Cristo y a la Iglesia. Recojamos lo que haya dado buenos resultados y aquello que comunique la alegría del Evangelio. La pastoral juvenil solo puede ser sinodal, un “caminar juntos” que valore los carismas que el Espíritu concede según la vocación de cada miembro de la Iglesia, si encamina hacia una Iglesia participativa, corresponsable, que acoja con gratitud el aporte de los fieles laicos, jóvenes y mujeres, y la contribución de la vida consagrada masculina y femenina, la de los grupos, asociaciones, movimientos. No hay que excluir a nadie, ni dejar que nadie se autoexcluya. La Iglesia de Jesucristo atrae a los jóvenes precisamente porque no es de un solo modelo, sino un entramado de dones variados que el Espíritu derrama en ella, renovándola, a pesar de sus miserias (ChV, 203-208).

La pastoral juvenil implica dos grandes líneas de acción. Una es la búsqueda, la convocatoria, el llamado que atraiga a nuevos jóvenes a la experiencia del Señor. La otra es el desarrollo de un camino de maduración de los que ya han hecho esa experiencia (ChV, 209).

Respecto a la búsqueda, confío en la capacidad de los jóvenes, que saben encontrar senderos atractivos para convocar. Saben organizar festivales, competencias deportivas, evangelizar en las redes sociales con mensajes, canciones, videos y otras intervenciones. Hay que estimularlos y darles libertad para que se entusiasmen misionando los ámbitos juveniles. El primer anuncio puede despertar una honda experiencia de fe en un “retiro de impacto”, en una

conversación de bar, en un recreo de la facultad o por cualquier insondable camino de Dios. Lo importante es que cada joven se atreva a sembrar el primer anuncio en esa tierra fértil del corazón de otro joven. Privilegiar la proximidad, el amor desinteresado, relacional y existencial que toca el corazón, llega a la vida, despierta esperanza y deseos. La gente joven entiende a los que dan la vida, a quien está allí por ellos y para ellos, a quienes, a pesar de sus límites y debilidades, tratan de vivir coherentes su fe. Debemos buscar con mayor sensibilidad cómo encarnar el *kerigma* inicial de la Buena Nueva de Dios en el lenguaje múltiple de los jóvenes de hoy (ChV, 210-211).

La acción de crecimiento, en algunos lugares, después de haber provocado en los jóvenes una intensa experiencia de Dios, un encuentro con Jesús que tocó sus corazones, no se debe limitar a encuentros de "formación" teórica enmarcada en cuestiones doctrinales y morales. Muchos jóvenes se aburren, pierden el fuego del encuentro con Cristo y la alegría de seguirlo, abandonan el camino; otros se vuelven tristes, negativos. Tratemos de suscitar y arraigar las grandes experiencias que sostienen la vida cristiana.

Cualquier proyecto formativo, cualquier camino de crecimiento para los jóvenes, debe incluir formación doctrinal y moral. Es importante centrarla en dos grandes ejes: uno, la profundización del *kerigma*, del encuentro con Dios en Cristo muerto y resucitado; el otro, el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio. Siempre hay que incluir momentos que ayuden a renovar y profundizar la experiencia personal del amor de Dios y de Jesucristo vivo, con testimonios, canciones, minutos de adoración, espacios de reflexión espiritual con la Sagrada Escritura o diversos estímulos mediante redes sociales. Jamás se debe sustituir esa vivencia espiritual por un "adoctrinamiento". Cualquier plan de pastoral juvenil tiene que incorporar recursos para acrecentar la fraternidad, crear comunidad, servir a los demás, estar cerca de los pobres. Si el amor fraterno es el "mandamiento nuevo" (Jn 13, 34), si es "la plenitud de la Ley" (Rm 13, 10), debe ocupar un lugar relevante en todo plan de formación y crecimiento de los jóvenes (ChV, 212-215).

En nuestras escuelas y parroquias necesitamos potenciar la capacidad de acogida cordial, porque muchos de los jóvenes, niños, padres y madres llegan en orfandad; ofrecer caminos de amor gratuito y promoción, de afirmación y crecimiento. Si los jóvenes crecieron en un desierto vacío de sentido, ¿cómo tendrán ganas de sacrificarse para sembrar? La experiencia de desarraigo y la caída de las certezas básicas, fomentada en la cultura mediática actual, provocan una sensación de orfandad a la cual debemos responder fundando espacios fraternos, lo que se traduce en crear familia; sentirse unidos a los otros más allá de vínculos funcionales; en vida más humana; pedir al Señor la gracia de tenernos paciencia, de perdonar, de volver a empezar; brindar lugares que puedan acondicionar a su gusto, donde entren y salgan con libertad, en momentos de sufrimiento o aburrimiento, o cuando deseen celebrar. También es necesario reforzar las habilidades sociales con las que no se evalúa ni se juzga a la persona, sino se comparte la fe y se ayuda a dar testimonio fraterno. El gran desafío es irradiar a Jesucristo, alegres, libres, comprometidos (ChV, 216-220).

La escuela es una plataforma para acercarse a los niños y los jóvenes. Es lugar privilegiado para promover a cada persona. El Espíritu Santo ha suscitado allí innumerables carismas y testimonios de santidad. Por otra parte, una pastoral concentrada en la instrucción religiosa incapaz de provocar experiencias de fe perdurables necesita autocrítica. Hay colegios católicos organizados solo para la preservación, lo que protege de los errores de afuera. Al egresar, muchísimos jóvenes no se sienten preparados con formas de orar y de vivir la fe que se puedan sostener en el ritmo de esta sociedad. Una de las alegrías más grandes de un educador es ver a un estudiante constituirse en una persona fuerte, integrada, protagonista, capaz de dar.

La escuela católica sigue siendo un espacio esencial de evangelización de los jóvenes. Ha de incluir criterios inspiradores, tales como la experiencia del *kerigma* esperanzador, el diálogo a todo nivel, la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad, la opción por los últimos que la sociedad descarta y la capacidad de integrar saberes de la cabeza, del corazón y de las manos; proteger la sabiduría, saber que humaniza. El estudio sirve para hacerse preguntas, buscar sentido a la vida, responder a estribillos paralizantes del consumismo cultural

con opciones dinámicas y fuertes, con la investigación, el conocimiento, el compartir (ChV, 221-223).

Muchos jóvenes son capaces de gustar del silencio y de la intimidad con Dios. Han crecido los grupos que adoran al Santísimo o que oran con la Palabra de Dios. En diversos contextos, los jóvenes católicos piden propuestas de oración y momentos sacramentales que incluyan su vida cotidiana en una liturgia fresca, auténtica, alegre. Es importante aprovechar los momentos más fuertes del año litúrgico como la Semana Santa, Pentecostés y Navidad. Muchos jóvenes se sienten atraídos por ayudar a otros, en especial a niños y pobres. El servicio es el primer paso para descubrir la vida cristiana y eclesial. Muchos jóvenes reclaman la posibilidad de ser más protagonistas en actividades que hagan algo por la gente (ChV, 224-225).

Las expresiones artísticas —el teatro, la pintura, la música, el canto— pueden ser grandes estímulos para el caminar de los jóvenes. Entre ellos, es relevante la práctica deportiva. Hay que superar sus ambigüedades como la mitificación de los campeones, el sometimiento a lógicas comerciales y la ideología del éxito a toda costa. En la base de la experiencia deportiva está “la alegría de moverse, la alegría de estar juntos, la alegría por la vida y los dones que el Creador nos hace cada día (ChV, 227).

Muchos adolescentes y jóvenes son sensibles al cuidado del ambiente, como los *Boy Scouts* y otros grupos que organizan jornadas en contacto con la naturaleza, campamentos, caminatas, expediciones, campañas ambientales. Son caminos para iniciarse en la fraternidad universal y en la oración contemplativa. Regalos de Dios siempre actuales son la Palabra del Señor viva y eficaz, la presencia de Cristo en la Eucaristía que alimenta y compromete, el sacramento del perdón que libera y fortalece, los santos de la Iglesia y la enseñanza de los grandes maestros y maestras espirituales. No debemos privar a los jóvenes de estos manantiales de vida nueva (ChV, 226-229).

Hay que dar lugar a una “pastoral popular juvenil”. Existen líderes populares, no encerrados en pequeños grupos de selectos. Con ellos hay que “auscultar

el sentir del pueblo, constituirse en sus voceros y trabajar por su promoción [...]. El pueblo desea que todos participen de los bienes comunes y acepta adaptarse al paso de los últimos para llegar todos juntos” (ChV, 231). Los líderes populares son los capaces de incluir en la marcha juvenil a los más pobres, débiles, limitados y heridos. No tienen asco ni miedo a los jóvenes lastimados y crucificados.

Con los jóvenes que no crecieron en familias o instituciones cristianas y están en lenta maduración, es necesario estimular el “bien posible”. En lugar de “sofocarlos con reglas que dan imagen estrecha y moralista del cristianismo, invertir en su audacia y educarlos para que asuman sus responsabilidades, seguros de que incluso el error, el fracaso y las crisis son experiencias que pueden fortalecer su humanidad” (ChV, 233).

En el sínodo se exhortó a construir una pastoral juvenil capaz de crear espacios inclusivos. No hace falta que alguien asuma por completo todas las enseñanzas de la Iglesia para que pueda participar en algunos de nuestros espacios dirigidos a jóvenes. Necesitamos una pastoral popular juvenil que les ofrezca un sitio a todos con sus dudas, sus traumas, sus problemas, su búsqueda de identidad, sus errores, su historia, sus experiencias del pecado, sus dificultades. Debe haber lugar para:

todos aquellos que tienen otras visiones de la vida, profesan otros credos o se declaran ajenos al horizonte religioso. Todos los jóvenes, sin exclusión, están en el corazón de Dios y deben estar en el corazón de la Iglesia. El Evangelio pide ser audaces, sin presunción y sin hacer proselitismo, dando testimonio del amor del Señor y tendiendo la mano a todos los jóvenes del mundo. (ChV, 235)

Es un proceso lento, respetuoso, paciente, esperanzado, incansable, compasivo (ChV, 230-238). Un joven que va a una peregrinación a pedirle ayuda a la Virgen e invita a un amigo para que lo acompañe realiza una valiosa acción misionera. Alentémosla, no pretendamos regularla demasiado. Los jóvenes se enriquecen al visitar hogares, tienen contacto con la vida más allá de su grupo. Su fe y su pertenencia a la Iglesia se fortalecen. Las misiones juveniles organizadas,

luego de una buena preparación, pueden renovar la fe y provocar serios planteos vocacionales. Los jóvenes son capaces de crear formas de misión en las redes sociales: hay que convocarlos para que las llenen de Dios, de fraternidad, de compromiso (ChV, 239-241).

Ellos necesitan respeto a su libertad y acompañamiento. La comunidad entera se debe sentir responsable de acogerlos, motivarlos, alentarlos, estimularlos. No exigirles una perfección que no responde a su edad. El sínodo reconoce la urgencia de preparar a consagrados y laicos, hombres y mujeres, cualificados para acompañar a los jóvenes. También se podría constituir una forma de reconocimiento institucional para el servicio eclesial.

En especial, hay que acompañar a los jóvenes que se perfilan como líderes para que se formen y capaciten. Los mismos jóvenes describieron para el sínodo las características que esperan en un acompañante:

las cualidades de dicho mentor incluyen: que sea un auténtico cristiano comprometido con la Iglesia y con el mundo; que comprenda sin juzgar; que sepa escuchar activamente las necesidades de los jóvenes y pueda responderles con gentileza; que sea muy bondadoso, y consciente de sí mismo; que reconozca sus límites y que conozca la alegría y el sufrimiento que todo camino espiritual conlleva. Importante en un mentor es el reconocimiento de su propia humanidad que comete errores: persona imperfecta, que se reconoce pecador perdonado. A veces los mentores son puestos sobre un pedestal, y cuando caen el impacto es devastador. No deben hacer de los jóvenes seguidores pasivos, sino caminar a su lado, dejarles ser protagonistas de su propio camino. Deben respetar la libertad que el joven tiene en su discernimiento, ofrecerle herramientas para hacerlo bien. Deben confiar en la capacidad de cada joven de participar en la vida de la Iglesia. Deben plantar la semilla de la fe sin querer ver inmediatamente los frutos del Espíritu Santo. Los laicos deberían poder ejercerlo, y beneficiarse de buena formación permanente. (ChV, 246)

## Capítulo 8. La vocación

En la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018), el papa Francisco se detuvo en la vocación de todos a crecer para la gloria de Dios y “hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades” (ChV, 249).

El discernimiento fundamental es descubrir que Jesús quiere de cada joven, ante todo, su amistad. En el diálogo del Señor resucitado con su amigo Simón Pedro la gran pregunta era: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” (Jn 21, 16). Es decir: ¿me quieres como amigo? Un ejemplo contrario es el joven rico, que no percibió la mirada amorosa del Señor (Mc 10, 21). Se fue entristecido (Mt 19, 22). No sabemos qué podría haber sido para la humanidad ese joven único al que Jesús miró con amor y le tendió la mano. La vida que Jesús regala es una invitación a formar parte de una historia de amor que se entreteje con nuestras historias; que vive y quiere nacer entre nosotros para dar fruto donde estemos, como estemos, con quien estemos (ChV, 250-252).

La vocación puede ser un llamado del Señor al servicio misionero a los demás, a participar en su obra creadora según las capacidades recibidas. La vida alcanza su plenitud cuando se convierte en ofrenda. La misión en el corazón del pueblo no es un apéndice de la existencia. Es algo que no puedo arrancar de mi ser sin destruirme. Toda pastoral es vocacional, así como toda formación, toda espiritualidad. Tu vocación no consiste solo en tus trabajos, aunque en ellos se expresa. Es camino que orienta esfuerzos y acciones en una dirección de servicio.

Discernir una vocación es ver si están o se pueden adquirir las capacidades para ese servicio específico. Eso valoriza las tareas: son más que mera elección pragmática. Es reconocer cuál es el proyecto del Señor para mi vida. Él no me indicará todos los lugares, los tiempos y los detalles que yo elegiré con prudencia, pero necesito escuchar su voz para dejarme moldear y llevar por Él. Entonces, seré lo que debo, fiel a mi realidad.

Es necesario desarrollarse, hacer brotar y crecer todo lo bueno que uno es. Tu vocación te orienta a sacar lo mejor de ti para la gloria de Dios y para el bien de los demás. San Alberto Hurtado les decía a los jóvenes que hay que tomarse en serio el rumbo: si el piloto de un barco se descuida, se le despide sin remisión. En la vida, ¿cuidamos nuestro rumbo? Acertar o fallar en esto es lo esencial y se relaciona con dos cuestiones básicas: la formación de una nueva familia y el trabajo (ChV, 253-258).

Los jóvenes sienten con fuerza el llamado al amor y sueñan con encontrar a la persona adecuada con quien formar una familia y construir una vida. Es una vocación que Dios propone a través de los sentimientos, los deseos, los sueños. Sobre este tema, en la exhortación *Amoris laetitia* (2016) el papa Francisco invitó a todos los jóvenes a leer los capítulos 4 y 5. Dos cristianos que se casan han reconocido en su historia de amor la llamada del Señor, la vocación a formar de un hombre y una mujer una sola carne, una sola vida. Y el sacramento del matrimonio envuelve este amor con la gracia de Dios, lo enraza en Dios mismo. Con este don, se puede afrontar todo ¡juntos! Dios nos creó sexuados. La sexualidad es un don de Dios con dos propósitos: amarse y generar vida. El amor apasionado entre un hombre y una mujer lleva a dar la vida para siempre. El sínodo resaltó:

la familia sigue siendo el principal punto de referencia para los jóvenes. Los hijos aprecian el amor y el cuidado de los padres y esperan lograr a su vez formar una familia. El aumento de separaciones, divorcios, segundas uniones y familias monoparentales puede causarles grandes sufrimientos y crisis de identidad. A veces deben hacerse cargo de responsabilidades desproporcionadas para su edad. Los abuelos con frecuencia son una ayuda decisiva en el afecto y la educación religiosa: con su sabiduría son eslabón decisivo en la relación entre generaciones. (ChV, 262)

Estas dificultades que sufren en su familia de origen llevan a muchos jóvenes a preguntarse si vale la pena formar una nueva familia, ser fieles, ser generosos. Sí, vale la pena apostar por la familia, en ella encontrarán los mejores estímulos para madurar y las más bellas alegrías para compartir. No los engañen quienes proponen una vida de desenfreno individualista que, al final, lleva a la peor soledad.

Creer que nada puede ser definitivo es un engaño, una mentira. “Sean revolucionarios, vayan contracorriente”, alienta el papa; la cultura de lo provisional los cree incapaces de asumir responsabilidades y de amar de veras (ChV, 259-264).

Es necesario prepararse para el matrimonio, desarrollar virtudes: amor, paciencia, capacidad de diálogo y servicio, educar la propia sexualidad, que sea cada vez menos instrumento para usar a los demás y cada vez más capacidad de entregarse a una persona de manera exclusiva, generosa. “Cristo sabe que los esposos no son perfectos y concede a los cónyuges su gracia, que es luz y fuerza para realizar su proyecto matrimonial según el plan de Dios”. Para quienes no son llamados al matrimonio o a la vida consagrada, la primera y más importante vocación es la bautismal. En su propio crecimiento personal, los solteros pueden ser testimonio de esta (ChV, 265-267).

Para los jóvenes adultos, el trabajo es una experiencia muy fluida: van de un trabajo a otro, de una carrera a otra. El trabajo define el uso del tiempo, lo que se puede hacer o comprar, la calidad y cantidad del tiempo libre, e influye en la identidad y el autoconcepto; es el lugar fundamental donde se desarrollan amistades y otras relaciones. Pero es más importante buscar el significado y el cumplimiento de sus sueños. Hay que aprender a trabajar de manera personal, satisfactoria para la vida, y seguir discerniendo el llamado de Dios. No hace bien vivir sin trabajar, dependiendo de la ayuda de otros. El trabajo es parte del sentido de la vida, camino de maduración e inserción social, de desarrollo humano y de realización personal, estímulo para crecer en responsabilidad y en creatividad, protección frente al individualismo y a la comodidad; es dar gloria a Dios con el desarrollo de las propias capacidades. Ayudar a los pobres con dinero debe ser una solución provisoria para resolver urgencias (ChV, 268-269).

Una marginación es el desempleo juvenil, que, en algunos países, alcanza niveles exorbitados, con franjas de población sin capacidades profesionales adecuadas por deficiencias del sistema educativo. Hay explotación laboral por intereses económicos. Los desarrollos tecnológicos y la reducción de costos llevan a reemplazar puestos de trabajo por máquinas. Este es un asunto fundamental de la sociedad porque el trabajo expresa la dignidad humana.

No siempre un joven puede decidir a qué dedicará sus esfuerzos, en qué tareas desplegará sus energías, su capacidad de innovar. “Sigue buscando lo que en tu discernimiento reconoces como verdadera vocación”, propone el papa. Cuando uno descubre que Dios lo llama a algo, será capaz de hacer brotar sus mejores capacidades. Dice el libro bíblico del Eclesiastés: “he visto que no hay nada mejor para el ser humano que gozarse en su trabajo” (Qo 3, 22) (ChV, 270-273).

El Espíritu sigue suscitando vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Podemos “volver a echar las redes” en nombre del Señor, con toda confianza. Y debemos hacerlo, decirle a cada joven que se pregunte por la posibilidad de seguir este camino. Buscar espacios de calma y de silencio para reflexionar, orar, mirar mejor el mundo que lo rodea y, entonces sí, con Jesús, reconocer cuál es su vocación (ChV, 274-277).

## Capítulo 9. El discernimiento

Es posible navegar en dos o tres pantallas de modo simultáneo e interactuar al mismo tiempo en diferentes escenarios virtuales. Sin la sabiduría del discernimiento, podemos convertirnos en marionetas a merced de las tendencias. La formación de la conciencia permite que el discernimiento crezca en hondura y en fidelidad a Dios: formar la conciencia es un camino en el que se aprende a nutrir los sentimientos propios de Jesucristo, asumiendo los criterios de sus decisiones y las intenciones de su manera de obrar (Flp 2, 5). El examen de conciencia no se trata solo de identificar los pecados, sino también de reconocer la obra de Dios en la propia experiencia cotidiana, en el testimonio de tantos hombres y mujeres que nos han precedido o que nos acompañan con su sabiduría (ChV, 278-282).

Reconocer la propia vocación requiere espacios de soledad y silencio. Es una decisión muy personal interpretar el significado de las inspiraciones que creemos recibir de Dios. Escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad que siempre nos desafía de maneras nuevas. Cuando se trata de discernir la propia vocación, hay que hacerse varias preguntas: ¿me conozco más allá de las apariencias o de

mis sensaciones?, ¿cuáles son mis fortalezas y debilidades?, ¿cómo puedo servir mejor al mundo y a la Iglesia?, ¿tengo o puedo adquirir las capacidades necesarias para prestar ese servicio? Somos para Dios. Él quiso que seamos también para los demás y puso en cada uno cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para sí mismo, sino para otros (ChV, 283-286).

Para discernir la propia vocación, hay que reconocerla como el llamado de un amigo: Jesús. A los amigos se les regala lo mejor, lo que se sabe que los alegrará. Cuando el Señor suscita tu vocación, piensa en todo lo que podrás llegar a ser con Él y los demás (ChV, 287-290).

Cuando toca ayudar a otro a discernir el camino de su vida, lo primero es escuchar. Esta escucha supone tres sensibilidades. La primera es la atención a la persona. Su signo es el tiempo que le dedico, que sienta que mi tiempo es el que necesita para expresarme lo que quiera. Debe sentir que le escucho sin ofenderme, escandalizarme, molestarlo o cansarlo. Esta escucha abnegada indica el valor que le doy a la persona.

La segunda sensibilidad discierne la gracia o la tentación. Necesito preguntarme qué me está diciendo esa persona, qué me quiere decir, qué desea que comprenda de lo que le pasa. Esta escucha descubre las palabras salvadoras del buen Espíritu o las trampas del mal espíritu. Hay que tener la valentía, el cariño y la delicadeza necesarias para ayudar a reconocer la verdad y los engaños o excusas.

La tercera sensibilidad escucha hacia dónde quiere ir el otro, qué desea ser, lo que más agrada al Señor. El discernimiento se convierte en instrumento para seguir mejor al Señor, es un camino de libertad que aflora eso único de cada persona que solo Dios conoce (ChV, 291-295). En algún momento debe desaparecer para dejarle seguir ese sendero que ha descubierto. Es desaparecer como desaparece el Señor de la vista de sus discípulos de Emaús y los deja solos con el ardor del corazón que los impulsa a ponerse en camino (Lc 24, 31-33).

Hay que suscitar y acompañar procesos, no imponer trayectos. Son procesos de personas únicas, libres. Para acompañar a otros en este camino, necesitas el

hábito de recorrerlo tú. María lo hizo, afrontando sus preguntas y sus propias dificultades cuando era muy joven. Que ella renueve tu juventud con la fuerza de su plegaria y te acompañe siempre con su presencia de madre (ChV, 291-298). El papa Francisco concluye su exhortación con un llamado a los jóvenes:

queridos jóvenes, corran atraídos por ese Rostro tan amado, que adoramos en la sagrada Eucaristía y reconocemos en la carne del hermano sufriente. El Espíritu Santo los empuje en esta carrera hacia adelante. La Iglesia necesita su entusiasmo, sus intuiciones, su fe. ¡Nos hacen falta! Y cuando lleguen donde nosotros todavía no hemos llegado, tengan paciencia para esperarnos. (ChV, 299)

## Referencias

- Concilio Vaticano II. (1965). *Los grandes mensajes del Concilio: a los jóvenes*. [http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf\\_p-vi\\_spe\\_19651208\\_epilogo-concilio-giovani.html](http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651208_epilogo-concilio-giovani.html)
- Francisco. (2016). *Exhortación apostólica postsinodal "Amoris laetitia" del santo padre Francisco a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas, a los esposos cristianos y a todos los fieles laicos sobre el amor en la familia*. [http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20160319\\_amoris-laetitia.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20160319_amoris-laetitia.html)
- Francisco. (2018). *Exhortación apostólica "Gaudete et exsultate" del santo padre Francisco sobre el llamado a la santidad en el mundo actual*. [http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20180319\\_gaudete-et-exsultate.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html)
- Francisco. (2019). *Exhortación apostólica postsinodal "Christus vivit" del santo padre Francisco a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios*. [http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20190325\\_christus-vivit.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20190325_christus-vivit.html)
- Juan Pablo II. (1984). *Exhortación apostólica postsinodal "Reconciliatio et poenitentia" de Juan Pablo II al episcopado, al clero y a los fieles sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia hoy*. [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_jp-ii\\_exh\\_02121984\\_reconciliatio-et-poenitentia.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_02121984_reconciliatio-et-poenitentia.html)